

## SECCION BIBLIOGRAFICA

---

### RECENSIONES

PITIRIM A. SOROKIN: *Dinámica social y cultural*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1962; XVII-1405 págs (dos tomos).

Es un hecho significativo —creo— el que Pitirim A. Sorokin haya sido el sociólogo más ampliamente incorporado al área cultural española durante los años 50, esto es, en la fase de transición de un horizonte cultural autárquico e idealista hacia la apertura a las culturas de las «democracias occidentales» y la introducción de una cierta retórica positivista; clima en el que se ha iniciado una tímida renovación de la Sociología en España. Editadas ya *Las filosofías de nuestra época de crisis, Achaques y manías de la sociología moderna y Sociedad, cultura y personalidad* por Aguilar, la edición de la presente obra completa la incorporación del pensamiento esencial de Sorokin. Publicada la primera edición en inglés de la misma de 1937 a 1941, en cuatro tomos, en febrero de 1957 le fué propuesta a su autor una reedición abreviada por el Instituto de Estudios Políticos, de Madrid (en español), y la Extending Horizon Press, de Boston (en inglés), para hacerla asequible a un mayor número de lectores, dada la desmedida extensión de la edición original. Las 1.405 páginas de los dos tomos de la edición española, traducidos por Jesús Tobío Fernández, y publicados dentro de la Colección «Biblioteca de Cuestiones Actuales», vienen a representar —según el propio Sorokin— un cuarto de la extensión original, y la reducción se ha conseguido eliminando notas marginales, todos los apéndices y fuentes, las referencias bibliográficas detalladas, algunos párrafos de importancia secundaria y los once primeros capítulos del volumen cuarto. Con escasas adiciones, la obra abreviada conserva exactamente la misma estructura del texto original y completo. La primera parte, tras una sucinta introducción metodológica previa, analiza «La fluctuación de las formas de arte»; la segunda, «La fluctuación de los sistemas de verdad, ética y Derecho»; la tercera, «La fluctuación de las relaciones sociales, guerra y revolución», y por último, la cuarta está dedicada a «Problemas, principios y métodos fundamentales». Tras los dos grandiosos esfuerzos de Spengler y Toynbee por sistematizar la His-

toria, la obra de Sorokin intenta de nuevo formular una morfología científica de la *Cultura*, y hubiera podido significar por la formación sociológica y la proclamada actitud empírica de su autor un fecundo encuentro de la sociología con la Historia. Pero este ruso torrencial y tremendista, dotado de una sistemática profundidad lógica y de una poderosa imaginación, y poseedor de una vastísima cultura, se encuentra, al igual que su compatriota, el gran historiador Rostovtzeff, de tal modo obsesionado por la Revolución de octubre, que ha montado toda su compleja teoría de la evolución cultural y social en función de una visión histórica, análoga, en última instancia, a la de Berdiaeff en *La nueva Edad Media*. Pese a sus declaraciones empiristas, a su profuso manejo de estadísticas y a su indudable rigor analítico en el tratamiento de aspectos sociales de la realidad social, la intencionalidad de la obra de Sorokin sólo puede ser plenamente comprendida —pienso— dentro de la cosmovisión idealista que surge de la exasperada sensibilidad «romántica» de la burguesía rusa, frustrada en su desarrollo espiritual por el zarismo y desarraigada como fuerza social por la revolución comunista. Este *pathos romántico*, expresión de la larga lucha de la burguesía contra las supervivencias feudales rusas es, probablemente, la raíz del *idealismo puro*, que constituye, en realidad, el punto de partida metodológico de Sorokin y emparenta su desbordante ambición por dominar la Historia con la del hegelianismo. Por otra parte, su vinculación a las *teorías cíclicas de la Historia* frente a las *concepciones lineales* parece responder al prematuro desplazamiento revolucionario de la burguesía rusa, e inscribe su filosofía de la Historia en el área del pensamiento contrarrevolucionario de la *época de las guerras mundiales* (1914-1945). La deducción práctica de sus alambicadas especulaciones coincide, efectivamente, con la denuncia contrarrevolucionaria de su propia época como una «era de la masificación», o, en sus propios términos, de predominio de la «cultura sensual», y concluye con la esperanzada profecía de un retorno de la vigencia de los valores aristocráticos y religiosos. Esta profecía no sería posible si Sorokin no hubiese optado previamente por el modelo de evolución cíclica.

Considerando que el proceso histórico se produce en forma circular, reduce Sorokin la dialéctica del cambio cultural a la sucesiva alternancia de tres tipos ideales de cultura, o, como él los designa, *supersistemas culturales*: a) La *cultura ideativa*, o cultura espiritualista, trascendentalista y ascética (cuya imagen se aproxima a la del concepto de «cultura» de Spengler). b) La *cultura sensual*, o cultura empirista, inmanentista y epicúrea (concepto con grandes analogías con el de «civilización» de Spengler). c) La *cultura idealista*, en la que se equilibran armónicamente los elementos de las otras dos culturas, con predominio de los *ideativos*. Aunque, naturalmente, estos tipos ideales

no suelen encarnarse nunca de modo perfecto en la realidad, y casi todas las culturas históricas son *mixtas*, o sea constituyen combinaciones de distintos elementos culturales *puros*, las culturas históricas evolucionan por el grado de sus elementos dominantes desde un polo *ideativo* a un polo *sensual*. Reflejando y corrigiendo el esquema evolutivo *cultura-civilización* de Spengler, comprueba Sorokin que, tanto la cultura *ideativa* como la *sensual* tienden a llegar a un límite a partir del cual se desintegran como complejo cultural más o menos armónico, e inician un proceso de reestructuración inversa, aproximándose a su polo contrario. En la actual situación histórica, la intensidad del predominio de los valores democráticos y hedonistas, propios de la *cultura sensual*, es, pues, el signo —argumenta— que anuncia precisamente su próxima disolución. Pero tal fundamentación teórica de su análisis de la situación supone la existencia de un oscuro *principio de cambio cultural inmanente* y comporta la subordinación de la dialéctica de las *formas sociales* a la de las *formas culturales*, puesto que no es la *sociedad*, sino la *cultura* la que cambia de modo autónomo. Bajo la lejanísima inspiración de la lógica dialéctica hegeliana, el enfoque analítico y empírico del estudio de la Historia por Sorokin desemboca, así, en una nueva versión del *idealismo*, que posee incluso una mayor filiación *platónica* que cualquiera de los sistemas del XIX, dada su preferente orientación estática. Porque el *principio de cambio cultural inmanente* descubierto por Sorokin no es otro, expresado en términos vulgares, que el *principio de saturación*, a cuya formulación llega *reifcando* la naturaleza de las ideas: los elementos culturales son tratados —dentro de su sistema— como reflejo de formas ideales perfectas que tienden a realizarse en toda su plenitud en virtud de sus propias potencialidades lógicas, invirtiendo el sentido de su curso en cuanto han alcanzado el punto de su máximo despliegue lógico. Con ello se sitúa Sorokin en una perspectiva *platónica* de la cultura: las ideas no son en su sistema el resultado de la resolución *racional* por el hombre de sus necesidades vitales, sino auténticas *formas puras preexistentes* que se encarnan en la realidad reguladas por la dialéctica interna de su propia significatividad, con la cooperación casi pasiva del hombre, degradado a la categoría de un mero «agente de objetivación» de la cultura. A demostrar *empíricamente* (!) el cumplimiento de esta *dinámica cultural* está dedicada la parte descriptiva y más extensa de la obra, en la que, ayudado por un equipo de colaboradores, ha realizado el sociólogo ruso-americano la ingente tarea de cuantificar, según estos criterios, los datos culturales más relevantes desde la Antigüedad a nuestro tiempo. La arbitrariedad de las categorías con las que Sorokin intenta configurar su *Morfología de la cultura* tiene como lógico resultado la esterilidad absoluta de su aplicación a la *Historia de la cultura*: la laboriosa condensación de prác-

ticamente todo el proceso cultural de la Humanidad en una serie de tablas estadísticas, acompañadas de sus correspondientes e ingenuas gráficas, no engendra una sola sugerencia que ilumine una situación histórica o fundamentalmente un concepto metodológico fecundo. La sistematización de Sorokin carece, además, por igual, del rapsódico lirismo de las construcciones de Spengler y del valor ocasional de alguno de los análisis históricos concretos de Toynbee. Y su básica orientación platónica, que desvirtúa sus pretendidos enfoques empíricos es, a mi parecer, la que le ha convertido en el sociólogo de mayor aceptación en la España de los años 50: el sistema de Sorokin permitía conciliar las nuevas tendencias empiristas con el sustrato *culturalista* de la mayor parte de las generaciones intelectuales formadas en los años 30 y 40. Por ello mismo, el estudio de la *Dinámica* de Sorokin tiene en el marco de nuestra situación el valor crítico de mostrar el *método culturalista* en su mecánica lógica elemental: la reducción de la *dinámica social* a una función de la *dinámica cultural*.

J. A. O.

HANS ALBERT (ed.): *Theorie und Realität. Ausgewählte Aufsätze zur Wissenschaftslehre der Sozialwissenschaften*. Die Einheit der Gesellschaftswissenschaften. Studien in den Grenzbereichen der Wirtschafts- und Sozialwissenschaften. Vol. 2. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck). Tübingen, 1964; XI + 366 págs.

Constituye el presente volumen el número 2 de una nueva colección científica, publicada por J. C. B. Mohr y dirigida por Erik Boettcher. El volumen 1 de esta colección, *Entwicklungstheorie und Entwicklungspolitik*, libro-homenaje a Gerhard Mackenroth, ha sido ya reseñado en esta REVISTA. El objeto de la colección es el estudio de la esfera mixta de la economía y las ciencias sociales, o, mejor, una construcción de las ciencias de la sociedad con inclusión de la teoría económica.

El objeto del número 2 de la colección es el enfrentamiento de teoría y realidad, el valor de la teoría para la aprehensión de la realidad. También, como en el volumen 1, participan una pluralidad de autores, todos ellos personalidades relevantes en el campo de la teoría sociológica o de la teoría económica. La preparación ha corrido a cargo de Hans Albert, profesor de Sociología y Metodología Social en la Wirtschaftshochschule de Mannheim. El mismo Albert ha redactado el capítulo introductorio, dedicado a los problemas de la construcción teórica: desarrollo, estructura y aplicación de las teorías científico-sociales.

Tras esta introducción, el libro se divide en seis secciones, tituladas, respectivamente: 1) Las teorías como sistemas nomológicos. 2) Relaciones entre teoría y empiria. 3) Selección, función y «Verstehen». 4) Problemática de los tipos y modelos. 5) La economía pura a la luz de la crítica. 6) La perspectiva científico-social y su significación social. El volumen se completa con una referencia bibliográfica e índices de autores y alfabético de materias.

La sección I (Las teorías como sistemas nomológicos) se descompone en tres capítulos; los dos primeros a cargo de Karl R. Popper, y el último, de Andrzej Malewski. Popper, profesor de Filosofía y Método científico de la London School of Economics, es una de las figuras más destacadas de la moderna filosofía de la ciencia; el capítulo primero lo dedica a «la fijación de metas en la ciencia empírica», y el segundo, a «las leyes naturales y los sistemas teóricos». Malewski, ex director del laboratorio psico-sociológico de la Academia de Ciencias de Polonia (fallecido en diciembre de 1963), estudia las diferencias entre dos modelos de sociología: la sociología como cuerpo de conocimientos históricos sobre varios países durante un determinado período de tiempo y la sociología como cuerpo de conocimientos teóricos sobre las regularidades generales que gobiernan el comportamiento de los individuos y el funcionamiento de los sistemas sociales; para Malewski, estas diferencias no justifican una separación definida de campos, sino, por el contrario, una interrelación y aprovechamiento de las aportaciones de ambos modelos. Rechaza así las tesis de autores que, como Wright Mills y Barrington Moore, han pretendido que sólo la sociología histórica es valedera y que toda sociología debe ser histórica.

La sección II (Relaciones entre teoría y empiria) está igualmente integrada por tres capítulos de autores diferentes. Robert K. Merton, profesor de Sociología de la Universidad de Columbia, trata de «la importancia de la teoría sociológica en la investigación empírica». Emile Grunberg, profesor de Economía de la Universidad de Akron (Ohio), estudia algunas cuestiones de «verificabilidad de las leyes económicas». James S. Duesengerry, profesor de Economía de la Universidad de Harvard, discute «los métodos de comprobación de hipótesis de agregados», que constituye igualmente un estudio de teoría económica.

La sección III (Selección, función y «Verstehen») incluye dos capítulos: uno de Ernest Nagel, profesor de Filosofía de la Universidad de Columbia, y otro de Theodore Abel, profesor de Sociología. Nagel trata de los «Problemas de formación de conceptos y teorías en las ciencias sociales». Abel se ocupa de «la operación llamada "Verstehen"», partiendo de la definición de «Verstehen» como forma singular de operación que realizamos cuando intentamos explicar el comportamiento humano.

La sección IV (Problemática de los tipos y modelos) consta de tres artículos, uno de Carl G. Hempel y dos de Jürgen von Kempster. Hempel es profesor de Filosofía en la Universidad de Princeton, y trata en este libro de los «métodos tipológicos en las ciencias sociales». Von Kempster dedica el primer trabajo a «la lógica de los conceptos de orden, con especial consideración de las ciencias sociales», y el segundo al «análisis lógico de la teoría económica matemática».

La sección V está dedicada en su integridad a problemas económicos, con trabajos de Morgenstern, Hutchison y Oskar Lange. Para el lego en economía el trabajo de Lange, profesor de la Universidad de Varsovia, es, sin duda, el más interesante, con su «crítica a la economía subjetivista».

La sección VI reúne dos trabajos de teoría social: uno de Ernst Topitsch, profesor de Sociología de la Universidad de Heidelberg, y otro de Ralf Dahrendorf. Topitsch aborda el impacto de la teoría social sobre la propia configuración de la sociedad. Dahrendorf, en un trabajo que titula «Senda desde la utopía», analiza lo que él llama construcciones utópicas de la sociología, realzando la importancia del modelo del conflicto dentro de la teoría sociológica.

Aunque, con excepción de la introducción de Albert, el resto de los trabajos habían sido ya publicados con anterioridad, creemos que es extraordinariamente útil la publicación de este volumen colectivo. El intento de construcción de una teoría científica de la sociología y su enlace con la ciencia económica puede perderse en multitud de teorías particulares, como ha ocurrido en el pasado. *Theorie und Realität* constituye, precisamente, un intento de delimitación frente a la tendencia a la dispersión del conocimiento que caracteriza a nuestro tiempo. En una misma obra han sido incorporados autores comunistas y autores occidentales, autores anglosajones y autores alemanes, economistas y sociólogos. Lo que une en este caso es la materia común, o mejor, la problemática común de sociólogos y economistas, teóricos y analistas.

Es imposible la crítica ante una obra de este tipo, pues su discusión detallada nos llevaría mucho más lejos de la extensión normal de una recensión. Sólo cabe el apuntar su presencia y llamar la atención sobre ella a los teóricos españoles de las ciencias sociales, como libro de síntesis con respecto a las grandes corrientes internacionales de pensamiento sociológico y teórico-económico.

MANUEL MEDINA ORTEGA

B. ROSENBERG, I. GERVEN y F. W. HOWTON: *Mass Society in Crisis. Social Problems and Social Pathology*. The Macmillan Company, New York. Collier-Macmillan Limited, London; 663 págs.

Como toda ciencia empírica, la sociología no brota de un puro afán especulativo, sino de una pretensión práctica: controlar racionalmente el acontecer social en cuanto acontecer problemático. Desde Saint-Simon y Proudhon, a Comte y Marx, a Spencer y Lester Ward, la urgencia política y la formulación teórica se implican absolutamente.

Del carácter más o menos agudo de los problemas sociales que plantea la coyuntura social dependerá el nivel más o menos radical de su planteamiento teórico y de su enfrentamiento práctico.

Sobre un sistema económico en expansión creciente, la fragmentación singular de la sociedad norteamericana —federalismo frente a centralización nacional, población trabajadora escindida en términos de diferencias étnicas y niveles de «integración americana» (debido a las constantes oleadas de inmigrantes extranjeros)—, su romántica tradición democrática, son factores fundamentales que explican la falta de radicalización de sus conflictos de clases en comparación con el correspondiente proceso europeo.

De ahí la inexistencia de algo similar al «socialismo científico». Destacada la razón social revolucionaria y sus pretensiones totalizadoras, la injerencia social, la terapéutica localizada, serían la proyección práctica de la sociología americana. De ahí el carácter típicamente americano de la patología social, aunque haya que situar sus orígenes en el organicismo europeo, y decisivamente en Durkheim. Y por supuesto, la absoluta ortodoxia teórico-ideológica de tal producto nacional.

En este horizonte hay que situar el libro editado por Rosenberg, Gerven y Howton. Ocupándose la primera parte de los planteamientos teóricos generales. La segunda se hace cargo de las situaciones límites (establecimientos psiquiátricos, terror de masas, genocidio y fuerza atómica), la tercera examina las condiciones endémicas de los problemas sociales (criminalidad y enfermedades mentales, discriminación racial y segregación social, automatización del trabajo, limitaciones teóricas y prácticas del conocimiento, limitaciones de la política democrática), para dedicar la última sección a la propuesta de una terapéutica adecuada, orientada hacia el ajustamiento social planeado por expertos. Dentro del eclecticismo teórico típico de esta disciplina y de la «departamentalización» de las ciencias humanas dentro de la Universidad americana, los enfoques teóricos se multiplican: biológico, económico, psicológico, psicológico-social y sociológico. La gratuidad de tal mul-

tipificación es una expresión más de la ausencia de una totalización y profundización teórica en el planteamiento de la patología social. Máxime teniendo en cuenta el superior nivel de axiomatización que Merton había establecido ya en 1938 con su trabajo *Estructura social y anomia* (incluido en el volumen).

Con todo, hay que registrar positivamente un cierto criticismo desusado en los manuales y «readers» consagrados a la «desorganización social»: al incorporar el ensayo de C. Wright Mills *La ideología profesional de los patólogos sociales* (1943), este libro incluye la posibilidad de un replanteamiento total de la disciplina. Absolutamente necesario ante su academicismo tópico y su falta de vigor teórico. ¿Cómo se puede hablar hoy de la guerra atómica como problema, sin plantearse qué tipo de organizaciones nacionales e internacionales empujan a la economía en la dirección irracional de la industria de armamentos?

¿Cómo explicar y resolver la discriminación racial, la proletarización de las minorías, sin afrontar sistemáticamente la cuestión de la estructura internacional del subdesarrollo?

Minimizada la importancia de las tensiones de clases, sin discutir los resultados internacionales de la expansión económica capitalista, ¿qué sentido tiene denunciar el terror totalitario y la miseria de las «slums» obreros?

Estudiando desde el funcionamiento el hampa norteamericana, Merton establecía su papel de mediador entre el proletariado cubano y la maquinaria política oficial: resolver el problema del «crimen como forma de vida americana» (Bell) parece ser imposible, sin plantearse el hecho de una organización sindical que se pretende al margen del conflicto de clases. El viejo liberalismo —con su dualismo individuo-Estado, con su creencia en el equilibrio armónico del sistema social— representa una peligrosa distorsión para la objetividad sociológica. En términos auténticamente científicos, la ideología del «ajustamiento social» es tan rechazable como la escatología revolucionaria. Sin que ello suponga que la única posibilidad de una sociología rigurosamente empírica radique en aceptar el abismo insalvable entre razón práctica y razón teórica, que decidió la dramática posición de Max Weber (*La ciencia como profesión*). El propio proceso histórico en que se constituye la objetividad de las ciencias humanas implica la progresiva clasificación de los juicios de valor que hayan de orientar una sociedad más humana.

CARLOS MOYA



WILHELM HENNIS: *Politik und praktische Philosophie*. Neuwied/Rhein y Berlín. Hermann Luchterhand Verlag, 1963; 131 págs.

*Política y filosofía práctica* representa un intento de reconstruir la ciencia política; intento que viene a publicarse como tomo 14 de la serie Política, de la Editorial Luchterhand. Se trata de un estudio que de por sí implica una pregunta de suma importancia: ¿Existe una ciencia llamada «política», o incluso hay varias ciencias «políticas»? En cualquiera de los dos casos, ¿es posible hablar, hoy día, de una filosofía práctica, que, en último término, sería política? Este es el problema que preocupa a los politólogos. Puesto que es un estudio destinado a la reconstrucción de la ciencia política, el autor considera que la ciencia política existía en el pasado, pero que no se puede decir lo mismo en cuanto a la época presente. Con ello determina su punto de partida al estudiar el objeto propiamente dicho de la política, al Estado moderno, especialmente las formas de gobierno. Ello es aplicable de una manera particular a Alemania, ya que el famoso sistema de pensamiento político alemán conocido como «Staatslehre» (= Teoría del Estado) no florece, ni mucho menos, precisamente en este país. No extraña que haya politólogos jóvenes que intenten revalorizar la ciencia política en su sector clásico-germano. Porque si con el tiempo la ciencia política propiamente dicha pasó a ser en Alemania un asunto de los juristas, resultará a continuación que en los círculos académicos de la segunda posguerra no se la aceptara siquiera como tal... En Alemania no existen ni Escuelas ni Facultades de Ciencia Política, excepto algún caso efímero, como el de la llamada Hochschule für Politische Wissenschaften, de Munich; de una institución parecida en Berlín occidental o de algunas «academias» privadas del mismo carácter, pero que, en realidad, no responden a las exigencias de la época presente en cuanto a la necesidad de disponer de una ciencia política. Donde no hay ciencia política no puede haber tampoco política.

Por cierto la ciencia política suele ser caracterizada como una ciencia «nueva», como algo que no había, pero que tampoco hay. Lo único que queremos es que exista, sin tener esclarecidos los conceptos, las competencias y las responsabilidades de la misma. Le ocurre algo parecido, como en su tiempo —y aun hoy— le pasó a la sociología pretendiendo convertirse en la cumbre de todas las ramas científico-políticas y sociales.

Una reconstrucción de la ciencia política no significa volver a imitar lo que representaba en el pasado, sino conectar con él, teniendo en cuenta las nuevas circunstancias.

La ciencia política debería ser una ciencia verdaderamente nueva, una

ciencia «instigadora» y fomentadora de nuevas soluciones a los problemas pendientes que continúan sin resolverse debido a la «crisis de la sociedad actual...». Es demasiado cómodo el argumento de la «crisis de la sociedad actual», ya que, como tal, no implica todavía el esfuerzo de encontrar soluciones positivas.

Hace más de cien años, Henri Baudrillart había dicho, en su biografía de Bodino, que la política sería la «princesse de toutes les sciences» (*Bodin et son temps*, París, 1853). Más o menos en el mismo sentido se expresará unos años después Robert von Mohl (en 1858, *Geschichte und Literatur der Staatswissenschaften III*). Sin embargo, veinte años más tarde, Lorenz von Stein se queja (en 1876) de que en las Universidades alemanas ya no existe una «Ciencia del Estado» (*Gegenwart und Zukunft der Rechts- und Staatswissenschaft Deutschlands*, Stuttgart, V). La sustituirá una *Rechtswissenschaft* (Ciencia del Derecho), que, como es natural, no es capaz de suplir la laguna provocada por un descuido u olvido hasta intencionado... Lo cierto es que las dos guerras mundiales comparten grandemente esta suerte de abandono de la ciencia política como política —y repitámoslo—, precisamente en el pensamiento alemán. Pero también es cierto que este problema no concierne tan sólo a Alemania. Es un fenómeno casi universal. No hay pensadores políticos. Lo más que se hace es «sintetizar» las épocas anteriores. Ello, única y exclusivamente, en su aspecto general, rechazando de antemano a recurrir a pensadores de los pueblos «pequeños»... El mundo resulta ser cada vez más superficial, ya que lo que prevalece es la llamada civilización técnica y no cultural, espiritual y moral. Por esta razón, el hombre se siente invadido por dudas que le parecen no tener salida alguna.

No cabe duda que la ciencia política perdió de vista la razón que la autorizaba a ser ciencia política, no sabiendo contestar a las preguntas que por la naturaleza de las cosas debía haber sabido contestar en virtud de su existencia. Pero «the positivistic destruction of political science is not yet overcome»... Ya no sorprende que la «ciencia política» siga siendo no ciencia y aun menos política.

En su «reconstrucción de la ciencia política», el autor procura «dar un paso atrás para dar dos adelante» por medio del «enrollamiento de la política en el sistema más antiguo de ciencias». Recurriendo a numerosas fuentes, logra establecer una línea histórico-general que permite encontrar determinados instrumentos de rejustificación del concepto de la ciencia política. La filosofía práctica recibió un golpe (demasiado) duro por parte del auge que otras ramas científicas habían experimentado sobre todo en el último centenario. Es la «independización científica...». Se separan de la filosofía Ciencias Naturales y del «Estado», la estética, el iusnaturalismo, etc.; en

una palabra, se había roto con la tradición. Por consiguiente, la cuestión de la filosofía práctica y de la ciencia política consistiría en que, hoy día, no existe una clara diferencia entre la práctica y la teoría, lo cual sería aplicable también a la diferenciación entre ciencias prácticas y teóricas. El hecho de que la política es actualmente una ciencia práctica es en este caso el más importante reconocimiento de lo que se podría llamar la herencia de la tradición, pero en cuanto al aspecto negativo del mismo constituiría la propia causa de su crisis. En resumen: es más difícil reconstruir la ciencia política exactamente por lo fácil que era destruirla. Entonces no puede extrañar que el autor aborde problemas como son la orientación teleológica de la ciencia política, de la descripción empírica del sistema de gobierno o de lo tópico y de lo político.

La presente investigación se centra en tres principales particularidades: *práctica*, *"telos"*, *tópico*; particularidades que caracterizaban la vieja y clásica política, estando en contradicción con el moderno concepto de lo científico. Sin embargo, el autor examina la cuestión no desde el punto de vista del pasado, sino del presente. Eso es lo que al final satisface al lector. La vida requiere que la ciencia política vuelva a ser, aunque en nuevas circunstancias, lo que le es propio por su «razón de ser»; pero es preciso no confundir los conceptos de la «política» con los de la «ciencia política» o de la «teoría del Estado», que, a nuestro juicio, sería el único problema que se podría plantear a un politólogo en formación estudiando el presente libro. Puede que resulte incompleto en argumentaciones concretas (necesariamente tiene que ser así), pero abunda en sugerencias para quienes dominen la problemática en cuestión desde el punto de vista de la actualidad, desde el punto de vista de la «crisis de la sociedad de masas».

Al lado del aspecto general repetimos que el autor se refiere al pensamiento político alemán del presente. Si en el pasado los pensadores germanos contribuyen positiva o negativamente a la estructuración de la ciencia política europea, ¿por qué, de repente, rompen con sus propias tradiciones? Limitándonos a la República Federal, hay que aceptar un hecho: hay pocos politólogos. Por lo tanto, el problema de la ciencia política queda rebajado a segundo plano. Los de la Alemania de Pankow «piensan» según las directrices del partido comunista de la Unión Soviética. Quedan, por consiguiente, los pensadores de la República Federal. Pero ¿dónde están?

Evidentemente, este problema no es un problema exclusivamente alemán. Es un problema general, porque la ciencia política no ha llegado a ser ni ciencia ni política. Estamos completamente de acuerdo con el autor en que mientras lo político no se convierta en un objeto legítimo de la investigación científica no hay nada que hacer. Quizá ésta será la razón de por

qué los franceses han inventado la expresión «élite», aunque, también es verdad, no llegaron a crearla, por lo menos hasta ahora, prácticamente. ¿Explicación? Teoría es una cosa; la práctica, otra, y la combinación de la teoría y práctica = la síntesis. Sintetizando, las síntesis anteriores no son otra cosa que la dialéctica materialista. Esta es la conclusión a que llegamos en relación con el problema de la crisis no solamente de la sociedad actual, sino ante todo del pensamiento político europeo en general, y alemán en particular.

Puede que el autor no haya querido decir exactamente eso, pero —no obstante— lo da a entender, queriendo o no, por la sencilla razón de que examina uno de los sectores étnicos más importantes que hasta el presente se habían dado en la historia de la filosofía: el sector alemán del pensamiento europeo-universal. Es bastante difícil comprender esta anomalía, pero las cosas hay que llamarlas por su propio nombre. Por lo tanto, es preciso que los pocos pensadores alemanes que hay en la actualidad vuelvan a abordar problemas que tocan a todos los pueblos (no Estados) del mundo, y no tan sólo los concernientes a la división alemana. La Humanidad lo espera, por lo menos en su mayor parte.

En resumen: nos encontramos ante una publicación muy sugestiva, que nos brinda varios instrumentos de cómo intentar la reconstrucción de la ciencia política en su sector más agudo: en el sector de las formas políticas en una sociedad de masas. Pero que se trate de una ciencia no solamente «nueva», sino al mismo tiempo tradicional, ya que es imposible romper con el pasado siguiendo el ejemplo del llamado marxismo-leninismo. En este sentido es preciso que los pensadores alemanes se reconstruyan a sí mismos con el fin de contribuir positivamente a la solución del problema en cuestión.

S. GLEJDURA

JAVIER M. DE BEDOYA: *Los problemas de una Constitución*. (Futuro de una política democrática española.) Madrid. Paraninfo. Ensayos de Ciencia Política, 1963; 221 págs.

En todo momento histórico, los ciudadanos deben vigilar y meditar sobre los problemas políticos de la comunidad para que ésta pueda protagonizar con máxima eficacia los acontecimientos de su propio proceso evolutivo. Los métodos para ejercer esta vigilancia y permanente meditación se insertan en una amplia gama que va desde la más abstracta especulación teórica hasta la acción directa partidista. Martínez de Bedoya ha realizado un meritorio es-

fuerzo intelectual y político escribiendo este libro, que en la coyuntura nacional española de los años sesenta se destaca sensiblemente de tanta literatura política comúnmente aquejada de hiperformalismo o vacío estructural. Si bien el libro que comentamos no contiene análisis estructurales o socio-lógico-políticos de la sociedad española y en función de ellos se enunciasen los previsibles o verosímiles cuadros institucionales futuros, no deja de ser un ensayo de cierto fuste teórico-político sumamente representativo de las preocupaciones que algunos sectores nacionales se plantean en orden al desarrollo futuro del proceso político. La meditación de Bedoya fluye por los siguientes cauces:

1. *Los actores del proceso político constitucional.*—«Los dos polos del proceso constitucional solamente son el individuo y el Estado. O sea: el hombre, como ser libre, creador y progresivo, y su organización cooperativa para asegurar los fines de existencia, desarrollo y perfeccionamiento.» El Estado debe defender un orden social, garantizar seguridad a los ciudadanos, garantizarles igualmente un mínimo vital «a causa de que la organización de la convivencia se lleva a cabo en una gran proporción como comunidad de trabajo»; en fin, asegurar una estricta igualdad de oportunidades a todos cuantos forman parte de la comunidad. «Un Estado que no acierte a asegurar el orden público y la seguridad individual, el mínimo vital, la igualdad de oportunidades y que no haga posible el progreso, debe y puede dimitir como tal Estado.» A los miembros del Estado (Bedoya identifica unas veces a la sociedad con el Estado, estableciendo, otras, la diferenciación); es decir, a los ciudadanos corresponde juzgar sobre el fracaso de su propio Estado, y la creación de uno nuevo o su integración en otras comunidades. La conformidad o disconformidad, según el autor, se expresa activa o pasivamente, pero no nos indica a través de qué mecanismos o instrumentos, aunque en los capítulos posteriores explicita un posible sistema institucional de control de los gobernantes.

2. *Las formas del Poder en los Estados.*—Bedoya estima como falsa la transposición al Estado de las notas que tipifican el paternalismo familiar, y cree que «escribiendo hoy día, sólo cabe admitir dos formas esenciales del Poder: la autocracia y la democracia; es decir, el gobierno originado en la confianza del pueblo y el gobierno de aquellos que gobiernan por sí mismos». La democracia ofrece dos grandes dificultades: una, en el orden doctrinal, la igualdad de los hombres; otra, en el orden político, la ley de la mayoría. Si el liberalismo ha afirmado la igualdad humana, es la libertad humana la que subyace como categoría superior y la democracia debe asentarse sobre esta superior «realidad metafísica». Comentando a Laski, intenta superar algunas de sus doctrinas para establecer la compatibilidad de la de-

mocracia con el socialismo no marxista, rechazando los condicionamientos económicos o sociales, «que son todos ellos de carácter circunstancial». Bedoya reitera su discrepancia con las posiciones de fondo de Laski y «de otros muchos demócratas populares», aunque se muestre conforme con el primero «en que el bienestar económico facilita el funcionamiento constitucional, aumenta el campo de la libertad personal, suaviza las diferencias y fomenta los hábitos de diálogo, compromiso y transacción».

Para la teoría constitucional es muy interesante, según el autor, «aquella otra suerte de democracia llamada "orgánica"... que podría tener una vigencia actual en pueblos excesivamente masificados por los excesos del dirigismo estatal o por la miseria de su economía». Ahora bien: esta democracia orgánica, «consecuente consigo misma, fiel a su espíritu democrático y a la conveniencia de defender la libertad del hombre mediante un sistema orgánico de defensas, de autonomías bien establecidas, con sufragio vario y social, bajo la forma de una Monarquía federal», «rompe su nervatura interior por una serie de interpolaciones doctrinales, originadas, precisamente, por los teóricos del monarquismo puro». Estas interpolaciones sustanciales que quitan fuerza a la democracia «orgánica» pueden resumirse en tres principales: «1. Se mantiene por sus expositores el poder personal en la cúspide. 2. Se niega, en cambio, el valor político de la persona en la base. 3. Se sitúan los problemas bajo la luz irreal de un medievalismo cristalizado que no se compagina con la definición de la tradición.» Acaso sea en esta crítica, que pretende depurar a la democracia orgánica de conceptos absolutistas, analizando rigurosamente las doctrinas de Vázquez de Mella, Gil Robles, Rafael Gamba y Elías de Tejada, más antiliberales que orgánico-democráticas, donde Bedoya alcanza especial penetración al extraerlas "del campo dinámico de la tradición política operante".»

3. *Amortiguadores de la intrínseca fricción política.*—Entre la libertad del hombre y la necesaria existencia coactivo-organizativa del Estado se producen fricciones constantes que hacen indispensables otros sectores intermedios que actúen como «amortiguadores» de las mismas. Los partidos, cuyo origen esencial es de Derecho natural —reconocimiento del derecho que tienen los afines a unirse—, y los Sindicatos «asociaciones voluntarias de trabajadores por cuenta ajena, cuya finalidad genérica es la mejora de las condiciones de vida a través de las particulares del trabajo», son los llamados a ejercer esa función amortiguadora. Bedoya examina lo que, a su juicio, han sido errores graves o menos graves de los partidos, pero frente a los grupos de interés que, validos de su superioridad, se encuentran más cerca de quienes detentan el Poder, se hace preciso reivindicar las agrupaciones políticas como «el sostén de cuantos ciudadanos quieran actuar en la vida pública con

efectividad, respaldo moral y material e independencia frente a cualquier intento de coacción estatal». Las condiciones intrínsecas que fija a los partidos son las siguientes: el partido político debe ser una familia del espíritu, socialmente heterogéneo; no puede renunciar a su misión formativa cerca de los ciudadanos, en tanto que manifestación de una vocación mayoritaria ha de demostrar la posibilidad de realizarla y debe ser un medio eficaz para garantizar una técnica de oposición. Los Sindicatos, bajo las tres perspectivas del empresario, el Estado y el ciudadano libre, son igualmente considerados por el autor pieza esencial en el devenir político nacional, aunque las conclusiones que esboza parecen un tanto ambiguas.

4. *El hombre libre y social expresándose a través de una Constitución.*—

Como lógica consecuencia de los presupuestos de fondo enunciados en las tres primeras partes del libro, Bedoya propone, sin especial preocupación formalista, por cuanto el nombre genérico de Constitución puede aplicarse a formas consuetudinarias o a proposiciones directamente escrituradas, un «esquema práctico» referido a una declaración de principios, un «corpus» de leyes, los órganos legislativos y de control jurisdiccional, la Jefatura del Estado especialmente anclada en funciones arbitrales y en cierto modo convergente en sus dos alternativas monárquica o presidencialista, «bien acercando el proceso hereditario lo más posible al electivo, bien impulsando el electivo hacia la reiteración prudencial», el Gobierno o Poder ejecutivo, con una cabeza radicalmente separada de la Jefatura del Estado, un Tribunal de Garantías Constitucionales con Comisiones de Representación política, Jurisdicciones regionales y de Constitucionalidad y jerarquía de las normas legales.

M. M. CUADRADO

RENÉ GENDARME: *La pauvreté des nations*. Paris, Cujas, 1963; VI + 540 páginas.

Sabido es que la gran cuestión de nuestra época consiste en las relaciones entre los Estados desarrollados y los países subdesarrollados. Así lo han asegurado, de un modo o de otro, sagaces oteadores del escenario internacional contemporáneo: desde Juan XXIII a Tibor Mende.

Ahora bien: tal evidencia casi se ha convertido en un lugar común.

Con todo, la inmensa realidad del mundo subdesarrollado, del mundo de las naciones pobres, aflera con tonos sombríos, cuando no agresivos.

Desde luego, hoy por hoy, una cosa resulta imposible: desconocer su:

influencia sobre la dinámica mundial. Y hasta qué punto es esto insoslayable lo revela la obra de René Gendarme *La pobreza de las naciones*.

¡Significativa rotulación! A la tónica de un tiempo —el de Adam Smith, por ejemplo—, en que atraía la atención, predominantemente, la riqueza de las naciones, sucede otra —la de la hora actual— en que el complejo de la pobreza penetra —conscientemente— en los medios más diversos.

La consecuencia a deducir de todo eso es que, haya o no desenfoque en tal perspectiva, no cabe pensar en una visión *real* de la escena internacional, y sus agitados rumbos, sin contar con la aprehensión de los elementos integrantes de la temática *pobreza* a escala interestatal.

\* \* \*

Como se nos dice en la introducción de este volumen, desde hace un decenio el subdesarrollo ha pasado al primer plano de la actualidad (pág. II). Del mismo modo que la cuestión obrera fué el escándalo de ayer, el problema de los países subdesarrollados es el escándalo de hoy. En un mundo que se hunde (*sic*) bajo el peso de los excedentes agrícolas, dos personas de cada tres se hallan subalimentadas. Situación intolerable, factor de desequilibrio internacional. Panorama que no puede dejar indiferente a ninguna nación (pág. III).

Ahora bien: obsérvese que, a juicio de René Gendarme, la cuestión del subdesarrollo es más difícil de resolver que la cuestión social. La razón reside en que la solución depende no sólo de la política económica nacional, sino, además, de la política económica internacional (pág. V).

Los diferentes, y difíciles, matices de este asunto se perciben en la primera parte del libro reseñado. Su rótulo es sumamente revelador: «Explicación del fenómeno del subdesarrollo».

A tal fin, un capítulo preliminar se encarga de hacernos reflexionar sobre la definición del subdesarrollo. Después de ello, van dos capítulos consagrados al equilibrio antiguo y a su destrucción a través de los llamados efectos de demostración (de la superioridad de los productos del país industrializado), efecto sanitario y efecto de demostración (de la influencia ejercida por una «unidad» sobre otra).

El tercer capítulo se ocupa de un aspecto poco estudiado o mal estudiado: las fuerzas de resistencia a los nuevos impulsos (exteriores e interiores: desde la zona monetaria a las mentalidades). Ahora bien: ¿cuál es la concreción del *desafío* lanzado por los «choques destructores» al precario equilibrio de las economías subdesarrolladas? Puede ser *demasiado débil* para



suscitar una reacción, *excesivo* y *óptimo*. De ahí la justificación del siguiente capítulo: los desequilibrios en el curso del desarrollo.

En la parte segunda, la teoría explicativa pasa a ser operacional. Y la urdimbre dialéctica se elabora con vistas a satisfacer dos posturas intelectuales distintas: el estudio de un modelo general (primer título de esta parte) y el análisis por submodelos (segundo título).

La construcción de un modelo general de desarrollo hace necesario el examen de la inaplicabilidad del esquema keynesiano (vid. introducción y capítulo primero).

Pues bien; cuestión clave de esta caracterización son los problemas fundamentales de la economía subdesarrollada: tema del capítulo segundo. En él se desgranán las particularidades de la formación del capital, el asunto del comercio exterior y el problema de la carrera entre la población y las subsistencias. En el primer punto entramos en aspectos tan interesantes como la ayuda al extranjero (en capital privado y en ayuda internacional bilateral y multilateral). De la faceta del comercio exterior destacan los perfiles de la dependencia y la inestabilidad: importancia de las exportaciones en la renta nacional de los países subdesarrollados, la concentración de las exportaciones sobre un pequeño número de productos primarios, el deterioro de los términos de cambio, la dependencia de las importaciones de los subdesarrollados de los Estados industrializados, etc. El problema de la población, en tanto que obstáculo al aumento de la renta, concentra la atención del tercer apartado de este capítulo, haciéndose una valoración de las teorías de Malthus.

Un tercer capítulo, preocupado por la construcción del modelo, tiene por objeto resaltar las relaciones entre las diferentes variables (causales y estratégicas) características de una economía subdesarrollada. Y la complejidad de estas relaciones nos conduce a tipos de subdesarrollo diferentes.

Yendo a un mayor progreso en la explicación de estas cuestiones, Genjarne procede a elaborar una *tipología del subdesarrollo*. Trabajo indispensable, pues, en materia científica, es operación fundamental la clasificación de los fenómenos según su especificidad. Y alejándose de las presiones del determinismo geográfico, el autor presenta los siguientes submodelos: países superpoblados y subpoblados, países pobres y ricos en recursos naturales, países con situación estratégica y no estratégica, grandes y pequeños países (atendiendo a su extensión), países de estructura dualista (un sector moderno altamente capitalista, de cierto peso; un sector tradicional precapitalista, con un cierto «tabicamiento» social impidiendo el paso de la población de un sector a otro); países de presión inflacionista y países con índice de crecimiento débil y de crecimiento fuerte.

Al llegar a la tercera parte —los elementos de una política— nos parece pertinente recordar unos conceptos del profesor P. Coulbois, resumiendo con exactitud la delicada situación del economista —ya sea simplemente universitario o práctico—. Son éstos: «El papel del economista no es fijarse un programa concreto de acción —pues la elección final de los fines y de los medios escapa al análisis objetivo—, sino examinar objetivamente las dificultades para iluminar el elegir político.» Y es esta tarea, precisamente, la que se impone en esta parte el volumen reseñado.

Pues bien; el primer título se encuadra bajo la rúbrica «La política económica específica». En su capítulo primero se enfoca la política económica en los países superpoblados y en los infrapoblados (aquí énfasis sobre el desarrollo agrícola). Tras el aspecto demográfico se pasa a la estimación del perfil de los recursos. ¿Cuál es la política económica según los recursos y la naturaleza de éstos? En este extremo es de subrayar cómo, en pos de una valorización al máximo de determinadas cualidades de la economía, los países pobres deben orientar su crecimiento al sector terciario: comercio y turismo. (En este último sentido son citados Grecia, España, Italia, Israel y Egipto— pág. 307—.) Sucesivos capítulos estudian la política económica en función de los distintos submodelos.

El segundo título se refiere a la política general. En él desfilan todos estos asuntos: el imperativo de la planificación, la estabilización del curso de los productos del mundo subdesarrollado, la reforma agraria (justificación y contenido), la solución cooperativista, la educación (criterios de la inversión intelectual, la estrategia de la enseñanza), la reforma del Estado (con facetas como la inestabilidad política del *tercer mundo*, el «lujo» de la democracia occidental para los países subdesarrollados, la «solución» militar, etcétera) y las orientaciones deseables (una previa reforma moral, una reforma institucional y una reforma administrativa).

En la conclusión, el autor aparece opuesto a trasladar a los países subdesarrollados los métodos y los medios de crecimiento propios de las naciones industrializadas. Falta grave que, a juicio de Gendarme, han cometido los economistas —y todavía más los seudoeconomistas— que abundan en las altas Administraciones nacionales o internacionales.

Parejamente, la obra reseñada insiste en la necesidad de recurrir a planes de desarrollo *a la medida*, no a planes *standard*.

Al mismo tiempo se nos advierte que «el plan no es todo». «El aspecto psicológico reviste tanta importancia como el aspecto económico» (pág. 517).

Hay, por supuesto, más admoniciones: toda una panorámica de admoniciones...

Gráficos y una bibliografía sistematizada (aparte de las notas a pie de página) completan el texto.

Resumiendo, la obra comentada constituye una importante contribución al conocimiento de los problemas de los dos tercios de la Humanidad. Ahí radica para nosotros su valor. (Con la salvedad de que nuestro juicio no es de quien se mueve en el dominio especializado de la economía, sino en el amplio campo de las relaciones internacionales).

En fin, el presente libro es una muestra de la imperatividad de la instauración de un *nuevo orden económico internacional*. Ahora bien: como se ha dicho acertadamente, ese nuevo orden se halla pendiente del surgimiento del civismo socio-económico —austeridad económica y sacrificio social— necesario, por un lado, para el desarrollo de las naciones pobres, y por otro, para la tranquilidad psicopolítica de las naciones ricas...

¡Buena empresa en perspectiva!

LEANDRO RUBIO GARCÍA

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957